

de cerca los movimientos del enemigo y concibió al pronto el proyecto de destruir la flota romana con una maniobra semejante á la que le entregó la flota rodiana cerrando por fuera la entrada del puerto. Las condiciones del paraje eran casi idénticas; acercándose los promontorios, de tal manera estrechaban la abertura del puerto, que apenas podían salir dos naves de frente. Proponíase Polixenidas apoderarse de noche de aquella entrada, colocar diez naves cerca de cada promontorio, para coger al enemigo por los dos costados á la vez á su salida, y marchar con el resto de la flota, como hizo en Panormo, y desembarcar los soldados para sorprender simultáneamente á los romanos por mar y tierra. El proyecto hubiese tenido resultado, si los teyos, al someterse á las exigencias del pretor, no le hubiesen decidido á pasar al puerto situado delante de la ciudad, para recibir los víveres con más facilidad. Dícese que el rodio Eudamo hizo notar lo incómodo del otro puerto con ocasión de un accidente que ocurrió á dos naves cuyos remos se habían enredado y roto en aquel paso tan estrecho; decidiendo también al pretor á trasladar su flota el temor de que le atacase por el lado de tierra Antioco, cuyo campamento distaba poco de allí.

Pasó, pues, la flota á la parte anterior de la ciudad, y como ignoraban la proximidad del enemigo, soldados y marineros desembarcaron para recibir las provisiones y el vino destinado á cada nave. A mediodía, un campesino que llevaron ante el pretor, le dijo que «hacia dos días se encontraba una flota fondeada en la isla Maerín y que acababa de ver ponerse en movimiento parte de las naves como para marchar.» Sorprendido por aquella inesperada noticia, el pretor mandó tocar la bocina para que se replegasen los que podían estar dispersos por los campos, y envió los tribunos á la ciudad para traer á bordo á los marineros y soldados. En seguida

se puso todo en movimiento, pareciendo el desorden de un incendio ó de una ciudad tomada por asalto. Corrieron unos hacia Teos para llamar á sus compañeros; otros se precipitaban fuera de la ciudad para ganar las naves. Gritos confusos, cubiertos por el sonido de las bocinas, impedían oír con claridad las órdenes. Al fin acudieron todos en tropel á la playa, pero difícilmente podía reconocer y dirigirse cada uno á su nave, en medio de la confusión general; pudiendo haber ocasionado aquel apresuramiento una catástrofe en tierra ó en el mar, si Emilio, saliendo el primero del puerto, no hubiese ganado la alta mar con su nave pretoria y esperado las otras, que colocaba en línea de batalla á medida que llegaban. Al mismo tiempo Eudamo se situaba con la flota rodiana cerca de la costa, para cuidar de que el embarque se hiciese con orden y hacer salir del puerto cada nave en cuanto se encontraba dispuesta. Así, pues, las primeras ocuparon sus puestos ante la vista del pretor y los rodianos formaron la retaguardia. El ejército naval avanzó en este orden mar adentro, como si ya hubiese visto á los sirios, hallándose entre los cabos Mioneso y Corico cuando encontró al enemigo. Las naves del rey, formadas dos á dos en larga fila, acudieron á desplegar su frente de batalla delante de los romanos, prolongando su ala izquierda de manera que pudiese rebasar y envolver la derecha del enemigo. Al ver esto Eudamo, que estaba en la retaguardia, comprendiendo que los romanos no podían desarrollarse en tan grande extensión, y que iban á quedar envueltos por el lado de la ala derecha, se lanzó con toda la velocidad de sus naves, las más ligeras de la flota, y, llenando el hueco, opuso su nave pretoria á la de Polixenidas.

El combate se había generalizado ya. Los romanos tenían ochenta naves, siendo veintidós rodianas; el enemigo disponía de ochenta y nueve, y entre ellas tres



hexeras y dos hepteras. Los romanos aventajaban á los sirios por la solidez de sus naves y el valor de los soldados; los rodios tenían la superioridad de la ligereza de sus naves, la experiencia de los pilotos y destreza de sus remeros. Pero aterraban al enemigo las galeras rodianas armadas con sus fuegos en la proa: esta estratagemata, que fué su único medio de salvación en Panormo, contribuyó poderosamente ahora á la victoria. En efecto, por temor á aquellos fuegos amenazadores, las naves del rey separaban la proa para evitar el choque; no podían herir á las enemigas con el espolón y presentaban el costado á sus golpes. Los que intentaban el abordaje, quedaban inundados de llamas, y más cuidaban de precaverse del incendio que de combatir. Sin embargo, el valor de los soldados decidió como siempre la victoria. Los romanos, después de romper el centro enemigo, rodearon sus líneas y vinieron á atacar por la espalda á los que hacían frente á los rodianos, y en un momento las naves de Antioco, envueltas en el centro y en el ala izquierda, fueron echadas á pique. El ala derecha, intacta aún, estaba más aterrada por el desastre de la izquierda que por su propio peligro. Pero cuando vió envuelto el resto de la flota y que la nave de Polixénidas huía forzando los remos, sin cuidarse de las demás, desplegó todas las velas, y aprovechando el viento que la impulsaba hacia Éfeso, emprendió la fuga. Antioco perdió en aquel combate cuarenta y dos naves, de las que quedaron trece en poder de los vencedores; las otras se incendiaron ó sumergieron. Los romanos perdieron dos y algunas quedaron averiadas. Una nave rodiana fué capturada por caso extraño; había clavado el espolón en una galera sidonia, y su ancla, lanzada por la fuerza del choque, clavó su encorvado diente como mano de hierro en la proa de la enemiga. En medio del desorden que produjo este incidente, mientras los sio-

nios procuraban defenderse y los rodianos retenerlos violentamente, estirado el cable del ancla, se enredó en los remos, rompiendo todos los de su lado, y desamparada de esta manera la nave, cayó en poder de la que casualmente había sujetado. Este fué el resultado del combate naval de Mioneso.

Aterrado Antioco por aquella derrota que le quitaba el imperio del mar, desesperó de conservar sus posesiones lejanas, y llamó la guarnición de Lysimaquia, para que no la sorprendiesen los romanos; determinación funesta, como se vió después. En efecto, nada más fácil que defender á Lysimaquia contra un ataque repentino, y hasta sostener un sitio durante todo el invierno, poner en grave aprieto á los sitiadores mismos, ganando tiempo, y hacer oportunamente tentativas para negociar la paz. No se limitó Antioco á entregar Lysimaquia al enemigo después de su derrota naval, sino que abandonó también el sitio de Colofón y se retiró á Sardas. Desde allí envió á pedir socorros al rey de Capadocia Ariarato, hizo levantar tropas por todas partes donde pudo, y sólo pensó en combatir á los romanos por tierra. Emilio Regilo, que había marchado hacia Éfeso después de su victoria naval, se presentó con su flota delante del puerto, y contento con haber arrancado al enemigo la última confesión de su renuncia al imperio de los mares, se hizo á la vela para Chio, cuya dirección había tomado al dejar Samos antes del combate. En cuanto hubo reparado aquellas naves que habían sufrido avería en el combate, envió á L. Emilio Scauro al Helesponto con treinta galeras para transportar las tropas consulares al Asia, y despidió á los rodianos después de distribuirles parte del botín y adornado sus galeras con los despojos navales. Adelantándose éstos á Scauro, marcharon á ayudar al cónsul á realizar el paso de su ejército, y no regresaron á su isla hasta ha-



ber prestado este nuevo servicio. La flota romana pasó de Clío á Focea. Esta ciudad está situada en el fondo de su golfo; su forma es oval; sus murallas abrazan un recinto de dos mil quinientos pasos y se reúnen en los dos extremos formando como una cuña llamada Lamp-tera, de doscientos pasos de ancha; desde allí avanza al mar una lengua de tierra de mil pasos de larga, que corta el golfo por mitad, formando por uno y otro lado dos puertos muy seguros; el que mira á Mediodía se llama Naustatmo, porque es bastante grande para recibir considerable número de naves; el otro está junto á la misma Lamptera.

La flota romana se puso al abrigo en aquellos puertos, y, antes de intentar el asalto ó de comenzar los trabajos de sitio, el pretor quiso hacer sondear las disposiciones de los habitantes principales y de los magistrados. Encontrándoles inquebrantables, dió el asalto por dos lados á la vez, uno de los cuales estaba libre de casas, ocupando templos parte del terreno. Primeramente utilizaron el ariete y derribaron las murallas y torres de aquel punto; en seguida, como los habitantes acudían en tropel para rechazar el ataque, emplearon también el ariete por el otro lado. En los dos puntos estaba ya abierta la brecha, precipitándose los romanos en medio de los escombros, mientras que otros intentaban escalar las murallas. Por todas partes opusieron los habitantes tenaz resistencia, como si confiaran solamente en sus armas y valor y no en sus parapetos. Alarmado el pretor por el peligro que corrían sus soldados, mandó tocar retirada, para no exponerles imprudentemente al furor de un enemigo enloquecido por la desesperación. No descansaron los sitiados por la suspensión del combate, sino que corrieron por todas partes, acudieron á reparar las brechas y levantar las derruidas murallas. Ocupados estaban en estos traba-

jos cuando llegó L. Antonio, enviado por el pretor. Este les reconvino por su resistencia y les dijo «que los romanos se interesaban más que ellos por la conservación de su ciudad, ofreciéndoles, si renunciaban á su ceguedad, la facultad de rendirse con las condiciones que anteriormente consiguieron de C. Livio.» Los sitiados pidieron cinco días para deliberar, y en el intervalo pidieron socorros á Antioco; pero habiendo sabido por los legados encargados de esta misión que no podían esperar nada del rey, abrieron las puertas á condición de que no había de cometerse en la ciudad ningún acto hostil. Los romanos entraron en ella con las enseñas levantadas, y el pretor mandó que se respetase al pueblo que voluntariamente se sometía; pero por todas partes se reclamó contra aquella orden, diciendo «que no era digna porque los foceos, que siempre habían sido aliados infieles, enemigos encarnizados, se burlarían impunemente de los romanos.» Y en el acto, como si el pretor hubiese dado la señal, los soldados se dispersaron por la ciudad para saquear. Emilio les contuvo al pronto, diciéndoles que solamente debían saquearse las ciudades tomadas por asalto y no las que se sometían voluntariamente; y que, hasta en aquel caso, el general decidía el saqueo y no los soldados. Pero cuando vió que el furor y la codicia les hacía sordos á su voz, envió los pregoneros por la ciudad para invitar á todos los ciudadanos libres á que se reuniesen en el Foro, donde encontrarían á su lado ayuda y protección contra la violencia; y en todo lo que dependía de él, se mostró fiel á su palabra, devolviendo á los habitantes su ciudad, su territorio, sus leyes, y, como se acercaba el invierno, eligió los puertos de Focea para la internada de sus naves.

Por este tiempo fué cuando el cónsul, que había atravesado las tierras de Eros y de Maronea, se enteró de



la derrota de la flota real en Mioneso y del abandono de Lysimaquia. Más le agradó esta noticia que la de la victoria naval, sobre todo cuando, al llegar á Lysimaquia, en vez de verse expuesto á las privaciones y trabajos de un sitio, como esperaba, encontró una ciudad abundantemente surtida de toda clase de provisiones que parecían preparadas para su ejército. Detúvose allí algún tiempo esperando que llegasen los bagajes y los enfermos, que habían quedado repartidos en todos los fuertes de la Tracia, extenuados por los sufrimientos y la extensión del camino. Cuando estuvieron todos reunidos, volvió á ponerse en marcha por el Quersonero y llegó al Helesponto, donde, gracias á los preparativos que había hecho el rey Eumeno para la travesía, pasaron las tropas el estrecho, sin dificultad ni confusión, como en playas amigas. Nada inspiró tanta confianza á los romanos como encontrar libre un paso que habían temido les disputasen tenazmente. En las orillas del Helesponto hicieron alto: era la época de la procesión solemne de los escudos sagrados, que obligaba á suspender la marcha. Esta obligación era más imperiosa aún para P. Escipión, que era saliano, y que en aquel momento estaba separado del ejército (1), siendo la detención también para esperarle.

Por estos días, un legado de Antioco, Heraclides Bizancio, vino al campamento á tratar de la paz; creyendo el rey poder conseguirla, porque había visto á los romanos detenerse y perder tiempo, en vez de marchar apresuradamente sobre su campamento, como supuso harían en cuanto pusieran el pie en Asia. El legado no quiso presentarse al cónsul hasta después de ver á P. Escipión, según las órdenes de su señor. Esperaba

(1) P. Escipión había permanecido en Europa, porque durante los días de aquella procesión solemne, los salianos no podían abandonar el punto donde se encontraban.

mucho de aquel varón eminente, que generoso por carácter y saciado ya de gloria, parecía deber mostrarse menos inflexible: todos los pueblos del universo conocían la moderación del vencedor de España y Africa, y además, su hijo (1) estaba prisionero en poder del rey. El paraje, la época y las circunstancias de la captura de aquel joven, así como la mayor parte de los hechos, los exponen de diferente manera los historiadores. Colócanlas unos al comenzar la guerra, diciendo que, al pasar de Calcis á Orea, le sorprendieron las naves sirias. Refieren otros que, después del paso de los romanos al Asia, fué enviado al frente de una turma de fregelanos á reconocer el campamento enemigo, y que, obligado á batirse en retirada ante fuerzas superiores, cayó del caballo en medio de la pelea, fué cogido con otros dos jinetes y llevado al rey. Pero lo cierto es que, si Antioco hubiese estado en paz con los romanos y en relaciones particulares de hospitalidad con los Escipiones, no habría tratado al prisionero con más atención y miramiento. Tales eran los motivos que hacían esperar al legado el regreso de P. Escipión; y en cuanto llegó se presentó al cónsul, pidiéndole audiencia.

Reunióse numeroso consejo para oír al mensajero, que dijo «habíanse presentado ya inútilmente muchas legaciones para tratar de la paz, y precisamente el mal éxito de todas ellas le hacía esperar conseguirla; porque Smirna, Lampsaco, Alejandría de Troada y Lysimaquia en Europa, habían sido otros tantos obstáculos para un arreglo. Ahora el rey había evacuado Lysimaquia y no se le podía decir que conservaba algo en Europa: en

(1) Escipión el Africano tuvo dos hijos: el primero, L. ó Cn. Cornelio Escipión, no conservó la gloria de su padre y fué excluido del Senado durante su pretura; el otro, P. Escipión, hombre de gran talento, pero de salud delicada, adoptó al hijo de Paulo Emilio, que fué el segundo Escipión el Africano.



cuanto á las tres ciudades del Asia, dispuesto estaba á abandonarlas, con aquellas que los romanos quisieran sustraer á su autoridad por haber adoptado su partido, y se obligaba también á entregar á los romanos la mitad de los gastos de la guerra.» Estas fueron las proposiciones del rey. Heraclides terminó exhortando á los romanos á recordar la fragilidad de las cosas humanas, á usar moderadamente de sus ventajas y á no abrumar al enemigo en la desgracia. «Debían limitar su imperio á Europa, les dijo, con lo que sería aún enorme. Menos trabajo les había costado conquistar cada parte, que tendrían para conservar el todo. ¿Querían arrebatárles también alguna región del Asia? Con tal de que los límites quedasen bien determinados, el rey, en su moderación, haría aquel sacrificio á la ambición romana, por amor á la paz.» Estos ofrecimientos, de los que tanto esperaba el legado, parecieron pequeños á los romanos, que exigían al rey el reembolso íntegro de los gastos de la guerra que había provocado, que sus guarniciones evacuasen la Jonia y la Eolida y hasta que diese libertad á todas las ciudades del Asia, como los romanos la habían dado á toda la Grecia, cosa que no podía realizarse sin que abandonase toda el Asia del lado acá del monte Tauro.

Viendo el legado que nada podía conseguir del consejo, trató, según se le había mandado, de atraerse á Escipión en particular. Ante todo le aseguró que el rey le devolvería su hijo sin rescate; en seguida, desconociendo el carácter de Escipión y las costumbres de los romanos, le prometió cantidades considerables, si Antiocho conseguía la paz por su mediación. Escipión le contestó: «No conoces á los romanos ni al hombre con quien hablas; no me asombra, puesto que te veo tan extrañamente engañado acerca de la posición del que te envía. Debíó conservar Lysimaquia para cerrarnos la en-

trada del Quersoneso, ó detenernos en las orillas del Helesponto é impedirnos pasar al Asia, si teniais en cuenta nuestras inquietudes relativamente al resultado de la guerra, para hacernos proposiciones de paz; pero ahora que nos habéis dejado penetrar en el Asia, que os encontráis sometidos al freno y hasta el yugo, ¿podéis tratar bajo el pie de igualdad con un pueblo cuya ley tenéis que soportar? Por mi parte aceptaría la libertad de mi hijo como el don más precioso que podría concederme la munificencia del rey; pero en cuanto á los demás dones, no permitan los dioses que los apetezca jamás; mi corazón no los apetece seguramente. En cambio de tan gran beneficio, sabré demostrar al rey que no ha obligado á un ingrato, si por un favor personal, solamente pide agradecimiento personal; pero como hombre público ni recibo ni le concedo nada. Lo único que puedo hacer actualmente es darle un consejo leal. Dile de mi parte [que deponga las armas, que no rechace ninguna condición de paz.] El consejo no agradó al rey: en la guerra veía al menos alguna probabilidad de salvación, cuando le imponían ya condiciones como á vencido. Renunciando, pues, por el momento á toda idea de negociación, ocupóse exclusivamente de los aprestos de guerra.

Habiéndolo preparado todo el cónsul para la realización de sus planes, dejó los cuarteles y entró primeramente en Dardana, después en Ahecia, en medio de un pueblo que salía apresuradamente á recibirle. Desde allí marchó á Ilión, acampó en una llanura al pie de las murallas, subió á la fortaleza y ofreció un sacrificio á Minerva, diosa tutelar de la plaza, en medio de las atenciones de los ilineses, que agasajaban á los romanos como á descendientes suyos, y la alegría de éstos al considerar su origen. Desde allí llegó en seis días de marcha á la fuente del Caico, donde se le reunió Eume-



no; que después de vana tentativa para llevar su flota del Helesponto á Elea, donde debía invernar, viéndose detenido durante muchos días por vientos contrarios, sin poder doblar el cabo Lectuno, había desembarcado, y temiendo faltar al comienzo de las operaciones, había acudido, por el camino más corto, al campamento del cónsul con corto número de soldados. Enviado á Pérgamo para la expedición de provisiones, entregó los trigos á los enviados del cónsul y regresó al campamento. Allí prepararon víveres para muchos días, y el ejército se disponía á marchar contra el enemigo, antes de que llegase el invierno; pero el rey, que acampaba cerca de Thyatira, habiendo sabido que P. Escipión estaba enfermo y se había hecho trasladar á Elea, le envió una legación para entregarle su hijo. Esta atención, tan grata para un padre, produjo además mucho efecto en la salud del enfermo. Después de entregarse á las expansiones de la ternura, dijo á los legados: «Marchad, y asegurad al rey mi agradecimiento: ahora solamente puedo manifestárselo aconsejándole que no presente batalla hasta que se haya enterado de mi regreso al campamento.» Antioco tenía sesenta y dos mil hombres de infantería y más de doce mil caballos; fuerzas que podían inspirarle alguna confianza en el resultado del combate. Sin embargo, cediendo á los consejos de aquel varón eminente, su último recurso en caso de derrota, se retiró, pasó el río Frigio, y marchó á acampar cerca de de Magnesia del Sipilo. Para poner sus fortificaciones al abrigo de toda tentativa por parte de los romanos, si quería ganar tiempo, las rodeó con un foso de seis codos de profundidad y doce de anchura, clavando al otro lado doble empalizada: en la parte interior construyó una muralla apoyada en numerosas torres, para impedir fácilmente al enemigo que atravesase el foso. El cónsul, que creía al rey en Thyatira, continuó su

marcha sin detenerse, y al quinto día entró en la llanura de Hircania. Enteróse entonces de su marcha, siguió sus huellas, y acampó al lado de acá del río Frigio, á cuatro millas del enemigo. Entonces un cuerpo de mil jinetes galo-grecos en su mayor parte, con algunos dahos y arqueros de diferentes naciones, atravesando con mucho estrépito el río, cayó sobre los puestos romanos. Al pronto produjo alguna confusión la sorpresa; pero prolongándose el combate, como los romanos se encontraban cerca de su campamento, recibieron refuerzos; la caballería del rey, rendida de cansancio y cediendo al número, volvió bridas, pero le alcanzó en las orillas del río el enemigo que la perseguía y perdió muchos hombres antes de poder intentar el paso. En seguida pasaron dos días en la inacción, sin que ninguno de los dos bandos se aventurase á pasar el río. Al día tercero, los romanos cruzaron á la otra orilla y acamparon á dos mil quinientos pasos del enemigo. Mientras trabajaban en sus fortificaciones, atacáronles con espantoso estrépito tres mil infantes y jinetes escogidos del ejército real. Dos mil hombres protegían los trabajos, y, á pesar de su inferioridad numérica, sostuvieron al principio el combate con igualdad, sin llamar á ningún trabajador en su auxilio; animándose en seguida conforme arreciaba el combate, concluyeron por rechazar el ataque, matando cien hombres y haciendo otros tantos prisioneros. Los cuatro días siguientes permanecieron en batalla los dos ejércitos delante de sus campamentos. El quinto avanzaron los romanos al centro de la llanura. Antioco no hizo ningún movimiento, aunque el enemigo solamente distaba una milla de su campamento. Viendo el cónsul que los sirios rehusaban el combate, celebró consejo al día siguiente, preguntando «qué debía hacer, si Antioco no le consentía la posibilidad de



combatir. Acercábase el invierno y era necesario mantener á los soldados en las tiendas, ó si se quería invemar, aplazar la guerra hasta el verano siguiente.» Jamás despreciaron los romanos tanto á sus enemigos; exclamando todos á una voz «que era necesario marchar directamente contra los sirios y aprovechar el ardor de los soldados.» Los romanos no veían en aquellas masas de hombres más que rebaños que degollar y no enemigos que combatir, y estaban dispuestos á penetrar en el campamento, á pesar de los fosos y las empalizadas, si Antioco no salía de sus fortificaciones. Al día siguiente, después de los datos positivos que dió Cn. Domicio, enviado para reconocer el terreno y los puntos más accesibles de las fortificaciones enemigas; el cónsul marchó á situarse más cerca aún. Al día tercero, ostentaban las enseñas en medio de la llanura, y el ejército se formó en batalla. Antioco por su parte, renunciando á sus vacilaciones, temiendo desalentar á sus tropas con nuevos aplazamientos y aumentar la confianza de los romanos, salió al fin del campamento, pero se contentó con hacer creer que estaba decidido á combatir. El ejército romano presentaba aspecto casi uniforme en hombres y armas; formábanlo dos legiones romanas y dos de aliados del nombre latino, cada una de cinco mil cuatrocientos hombres. Los romanos ocupaban el centro y los latinos las dos alas, al frente los hastatos, detrás los príncipes y en tercera fila los triarios. Fuera de esta línea de batalla, que era por decirlo así, completa, el cónsul colocó á la derecha y en el mismo frente la caballería auxiliar de Eumeno, que ascendía á unos tres mil hombres, mezclados con cetratos aqueos; más lejos estaban tres mil caballos, de los que Eumeno había suministrado y todos los demás romanos; en tercera fila quinientos tralos y cretenses. Parecía que el ala izquierda no necesitaba refuerzos, estan-

do apoyada en el río y cubierta por caminos escarpados. Sin embargo, colocáronse allí cuatro turmas de caballería. Tal era el conjunto de las fuerzas romanas, añadiendo dos mil voluntarios macedonios y tracios que quedaron para guardar el campamento. Diez y seis elefantes formaban la reserva detrás de los triarios; porque, además de que no podían oponerlos con éxito á los del rey, que tenía cincuenta, los elefantes de África, aun en número igual, no pueden hacer frente á los de la India, que les aventajan en tamaño y quizá en valor.

El ejército del rey, mezcla confusa de diferentes pueblos, presentaba aspecto más variado, por la diversidad de armas y de cuerpos auxiliares. Constaba de diez y seis mil peones, armados á la macedonia y llevando el nombre de falange. Estos ocupaban el centro en la primera línea, estando divididos en diez grupos, separados cada uno por dos elefantes. La profundidad era de treinta y dos hombres. Esta infantería era la fuerza principal del rey y presentaba aspecto formidable, tanto por su arrogante actitud, como por los elefantes que dominaban toda la línea. Aquellos animales, extraordinariamente grandes, parecían mayores aún por sus flotantes penachos; sobre el lomo llevaban una torre (1) en la que se colocaban cuatro combatientes y además el conductor. En el ala derecha de esta falange, estaban colocados mil quinientos jinetes galo-grecos, sostenidos por tres mil coraceros (que llaman catafractos) (2) y un cuerpo de mil caballos, llamado *agema* (3). Estos eran

(1) Algunas veces armaban los colmillos de los elefantes con hierros agudos, para aumentar su fuerza.

(2) Estos combatientes llevaban armadura completa. Sus caballos iban defendidos con frontal y malla.

(3) Créese que la *agema* era un cuerpo escogido de infantería, caballería y elefantes, que marchaba delante de los reyes de Macedonia.



lo mejor de los medos y de los diferentes pueblos de aquella comarca. Inmediatamente después se encontraba un grupo de diez y seis elefantes formando reserva. Más á la derecha, y en la prolongación de esta ala, se encontraba la cohorte real, que llevaba el nombre de argyráspides (1) á causa de sus escudos de plata. Venían en seguida mil doscientos arqueros á caballo, de la nación de los dahos; después tres mil hombres de tropas ligeras, cuerpo formado de tralos y cretenses por partes casi iguales, y dos mil quinientos arqueros misionos. El extremo del ala lo cubrían cuatro mil hombres entre honderos, cirteyos y arqueros elimenos. En el ala izquierda sostenían la falange mil quinientos jinetes galo-grecos, y dos mil capadocios armados lo mismo, enviados al rey por Ariarato. Después dos mil setecientos auxiliares de diferentes naciones, tres mil jinetes catafractos y otros mil cubiertos, tanto ellos como sus caballos, con armaduras más ligeras, pero que tenían el mismo aspecto: este cuerpo, llamado ala regia, estaba formado de sirios, frigios y lidios. Delante de esta caballería estaban formadas las cuadrigas armadas de hoces, y los camellos llamados dromedarios, montados por arqueros árabes, que llevaban espadas de hoja estrecha y cuatro codos de largas, para poder alcanzar al enemigo desde lo alto de su montura. En seguida la multitud de auxiliares, sobre poco más ó menos como en el ala derecha; en primer lugar los tarentinos (2); en seguida dos mil quinientos jinetes galo-grecos, mil neocretenses y mil quinientos carios y silicios con iguales armas, así como los tralos; en fin, tres mil cetratos pisidianos, pamfilios y licienos. Más á la derecha, los auxiliares cir-

(1) Estos soldados llevaban escudos adornados con láminas de plata ó de otro metal brillante.

(2) Estos eran jinetes que atacaban con el venablo en la mano.

tenses y elimenos, en igual número que en el ala izquierda, y diez y seis elefantes colocados á cierta distancia.

El rey en persona mandaba el ala derecha, su hijo Seleuco y su sobrino Antipatro estaban encargados de la izquierda; el centro quedó confiado á tres jefes, Minión, Zeuxis y Filipo, maestro de los elefantes. La niebla que se había levantado por la mañana y que subió al avanzar el día, produjo mucha obscuridad; el viento del Mediodía trajo en seguida lluvia que inundó toda la llanura. Los romanos no recibieron incomodidad por esto, pero el ejército del rey sufrió mucho. Los primeros ocupaban muy poco terreno para que la obscuridad les impidiese ver toda la extensión de sus líneas, y como casi todos estaban pesadamente armados, la lluvia no enmohecía sus espadas y venablos. Por el contrario, en el ejército real, cuyo frente presentaba tan inmenso desarrollo, no podían distinguirse las alas desde el centro y mucho menos se veían uno á otro los dos extremos; la humedad había aflojado los arcos, las hondas y las correas de los venablos. Hasta las mismas cuadrigas, armadas de hoces, con las que contaba Antico para introducir el desorden en las filas enemigas, sólo sirvieron para perturbar las suyas. Su construcción era sobre poco más ó menos la siguiente: diez picas, de un codo de largas, partían del yugo en medio de la lanza, como cuernos destinados á traspasar cuanto encontrasen; á cada lado del yugo iban atadas hacia afuera dos hoces, una á la altura del yugo, para cortar cuanto se encontrase por el costado, y la otra más baja y vuelta hacia el suelo para alcanzar los soldados caídos y los que tratasen de deslizarse por debajo. En el extremo de los ejes iban adaptadas igualmente dos hoces, en igual disposición. Como hubiese sido necesario abrir las filas para dejar paso á aquellas cuadrigas, si hubie-



ran estado colocadas en la retaguardia ó en el centro, el rey, como ya hemos dicho, las había colocado delante en dos líneas. Al verlas Eumeno, que estaba familiarizado con aquella clase de aparatos y que sabía cuán dudoso recurso eran, cuando se limitaban á asustar los caballos en vez de dirigir contra ellos ataque regular, mandó á los arqueros cretenses, á los honderos y á los jinetes armados con venablos, que se acercasen, no en masa, sino lo más dispersos que pudieran, y que arrojasen sobre el enemigo una granizada de venablos. Aquella mortífera lluvia, acompañada de gritos discordantes, produjo tal espanto á los caballos, que se desbocaron corriendo en direcciones diferentes. Fácil fué á las tropas ligeras, á los honderos y ágiles cretenses, libertarse de aquel desordenado ataque, mientras que la caballería, que perseguía á los fugitivos, acabó de introducir el desorden y el terror entre los caballos y camellos, igualmente asustados por los confusos gritos que resonaban en derredor suyo. Hicieron, pues, desaparecer los carros del centro de la llanura, y cuando terminó aquella escaramuza, á una señal dada, los dos ejércitos se pusieron en movimiento para un combate en regla.

Pero aquel pánico produjo muy pronto verdadera derrota. Los auxiliares de la reserva, colocados á corta distancia, se contagiaron con el miedo y el espanto que habían dispersado á las cuadrigas, y emprendiendo la fuga, desguarnecieron todas las líneas hasta los catafractos. Viéndose éstos descubiertos y atacados por la caballería romana, ni siquiera sostuvieron el primer choque; unos se desbandaron; otros, abrumados por el peso de la coraza y de las armas, cayeron prisioneros ó fueron muertos. En breves momentos quedó derrotada toda el ala izquierda, y el desorden de los auxiliares, colocados entre la caballería y la falange, difundió el

terror hasta el centro. Rompiéronse las filas, y el movimiento retrógrado de los fugitivos impidió á la infantería hacer uso de las largas picas, que los macedonios llaman sarissas (1). Los elefantes, colocados entre las filas, no pudieron detener tampoco al soldado romano, acostumbrado por las guerras de África á evitar el ataque de estos animales, bien clavándoles los venablos en los costados, bien cortándoles el jarrete con la espada, cuando podían acercarse. La primera línea del centro estaba casi completamente arrollada, y destrozada la reserva, envuelta por los romanos, cuando se enteraron de la derrota de su ala izquierda y oyeron los gritos de los fugitivos, rechazados hasta las puertas del campamento. Antioco, que mandaba el ala derecha, habiendo observado que el cónsul, creyéndose bastante cubierto por el río, no había dejado en aquel punto más que cuatro turmas de caballería, aprovechó la circunstancia de que las turmas habían abandonado la ribera para reunirse á los otros cuerpos y atacó á la cabeza de sus auxiliares y catafractos. Y no solamente atacó á los romanos de frente, sino que rebasó su ala por el lado del río, los cogió de flanco, arrolló primeramente la caballería y obligó en seguida á los peones más cercanos á huir en desorden hacia el campamento.

Mandaba en el campamento el tribuno militar M. Emilio, hijo de M. Lépidio, que pocos años antes había sido nombrado pontífice máximo. Testigo de la derrota, corrió con todos los suyos á cortar el paso á los fugitivos, los detuvo y en seguida les hizo volver al combate, reconviniéndoles por su miedo y cobarde deserción y amenazándoles con la muerte si no obedecían. En el acto mandó á los suyos que matasen á los que huían y

(1) Estas lanzas tenían, según unos, veintiún pies de largas, y según otros, veinticuatro, excediendo en diez y ocho pies á la altura del hombre.